



REFLEXIÓN

# Educar... ¿Convivir o sobrevivir?

Los padres y madres más motivados a veces son también los que, ante el más mínimo contratiempo, se sienten más culpables: “¿Qué hemos hecho mal? ¿En qué fallamos?”.



**GUILLERMO BALLEMATO PRIETO**  
Psicólogo, docente y escritor. Orientador de la Universidad Carlos III de Madrid

**E**n ocasiones pregunto si hay entre los asistentes alguna persona que no haya gritado nunca a sus hijos. Se hace el silencio y se oyen algunas risas. Gritamos a veces, y en ocasiones muy alto y con demasiada frecuencia. Por frustración, sentimiento de impotencia, insatisfacción con uno mismo y con la propia vida... Gritamos para hacer valer nuestra autoridad y nuestra razón; también para desahogarnos. Pero el efecto suele ser el contrario: la autoridad se ve mermada, se pierde la razón aun llevándola y el malestar posterior es evidente.

De poco sirven los sermones: “Ya te he dicho cien veces...”. Los hijos deben pensar: “Pues dímelo ciento una”-. Se van inmunizando ante



Un buen ejercicio es tratar a la familia como si fueran invitados.

los gritos, ven dañada su autoestima y se sienten mal tratados. Poco autocontrol podremos enseñar si no somos capaces de mostrarlo con nuestra conducta. Imaginense decirle a un niño a voces “¡Te he dicho que no grites!” Resulta bastante paradójico, ¿verdad? Aprenden menos del contenido que de la forma, que es lo que al final imitan. Y los modos anulan el mensaje.

Les propongo que cojan papel y bolígrafo y escriban en una hoja lo siguiente: “Tratemos a la familia como si fuesen invitados”. Colóquenlo en la nevera con un imán

para tenerlo presente a diario. Seguro que no le gritarían a un huésped “¡Que vengas a cenar de una puñetera vez!” Al contrario, le dirían en tono respetuoso: “Si eres tan amable, por favor, la cena está servida”. Si hablásemos de ese modo a las personas con las que convivimos nos lo agradecería hasta el vecino. Convirtámonos pues en un ejemplo de respeto.

### Del diálogo al silencio

En uno de sus populares monólogos el genial Gila mostraba su desesperación porque el hijo llegaba a

casa de madrugada. “Esto ocurre porque se ha perdido el diálogo en la familia” –comentaba. “Cuando yo era pequeño mi padre me decía con ternura: Como vengas después de las diez te doy una patada que te revienta. Y yo le entendía. En fin, había diálogo.” –ironizaba-. De aquel autoritarismo desmedido se ha pasado hoy a una permisividad sin sentido. Algunos padres han renunciado a educar. No saben lo que hacen sus hijos, ni con quién ni dónde están. Han tirado la toalla: “Que haga lo que le de la gana”. Niños sin normas que tendrán difi-

cultades para integrarse en una sociedad en la que hay que acatarlas. Negociar sí, pero hay casos en los que “se conduce por la derecha y sobre eso hay poco más que hablar”. Muchos niños y adolescentes están reclamando con su mala conducta que se les pongan límites; límites razonados, pero firmes. Ojalá la primera vez que oigan la palabra “no” sea de sus padres y no de boca de los maestros.

El diálogo en la familia se ha transformado en silencio. Cada uno escucha “su música”. Escuchar a los hijos es aprender a entender más allá de sus palabras. Implica no interrumpir, respetar su punto de vista. Y a menudo saber callar. La confianza también se gana.

Para terminar quisiera comentarles que antes de entrar en una clase me suelo preguntar de qué me he enriquecido yo para poder enriquecer a mis alumnos. Así ocurre en la educación de los hijos. Debemos enriquecer y serenar nuestras vidas, vivir de forma coherente con nuestros principios y valores. La comunicación es una herramienta imprescindible. No es sencilla la tarea de educar como tampoco lo es vivir, pero ambos retos son tan apasionantes... Ánimo y suerte.

### PARA LEER

*Educar sin gritar. Padres e hijos: ¿convivencia o supervivencia?*  
Guillermo Ballenato.  
La Esfera de los libros. 17€